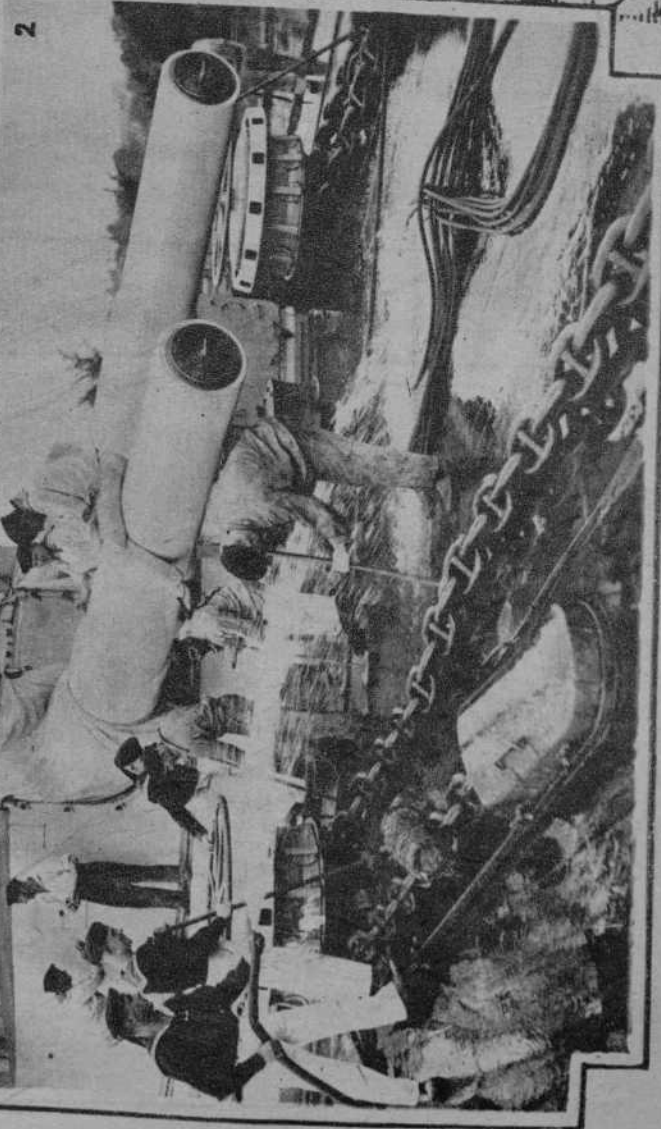
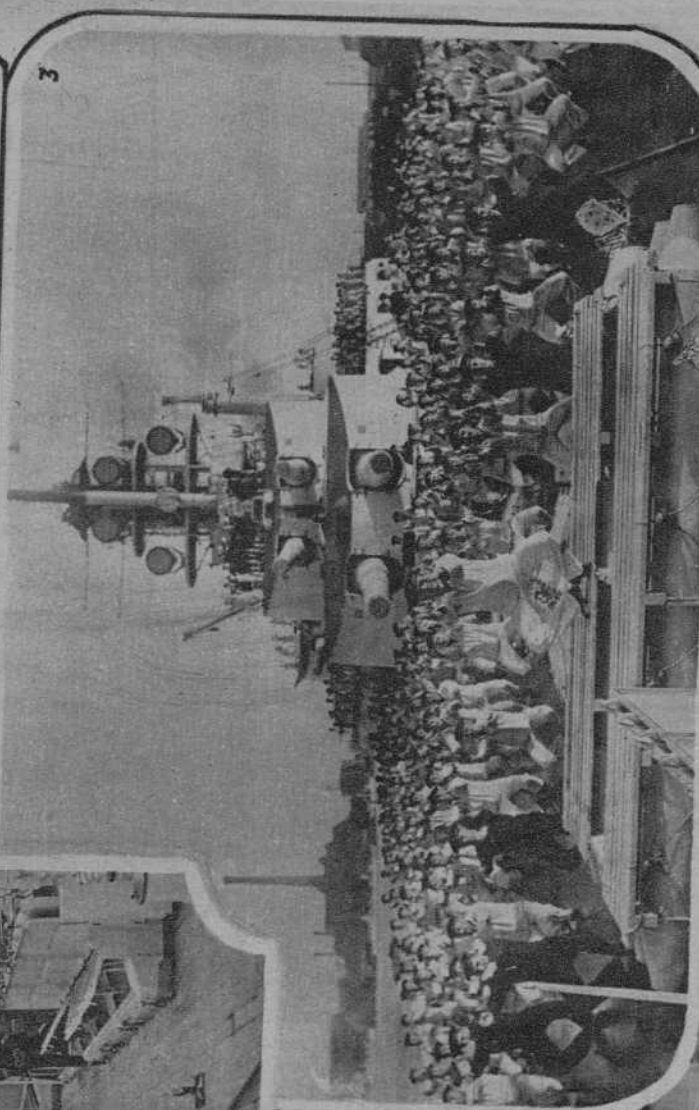
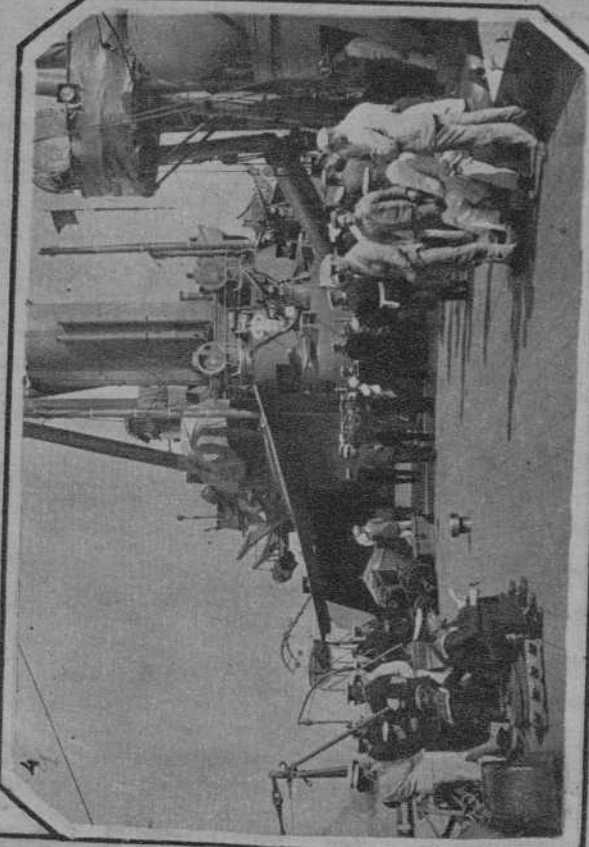
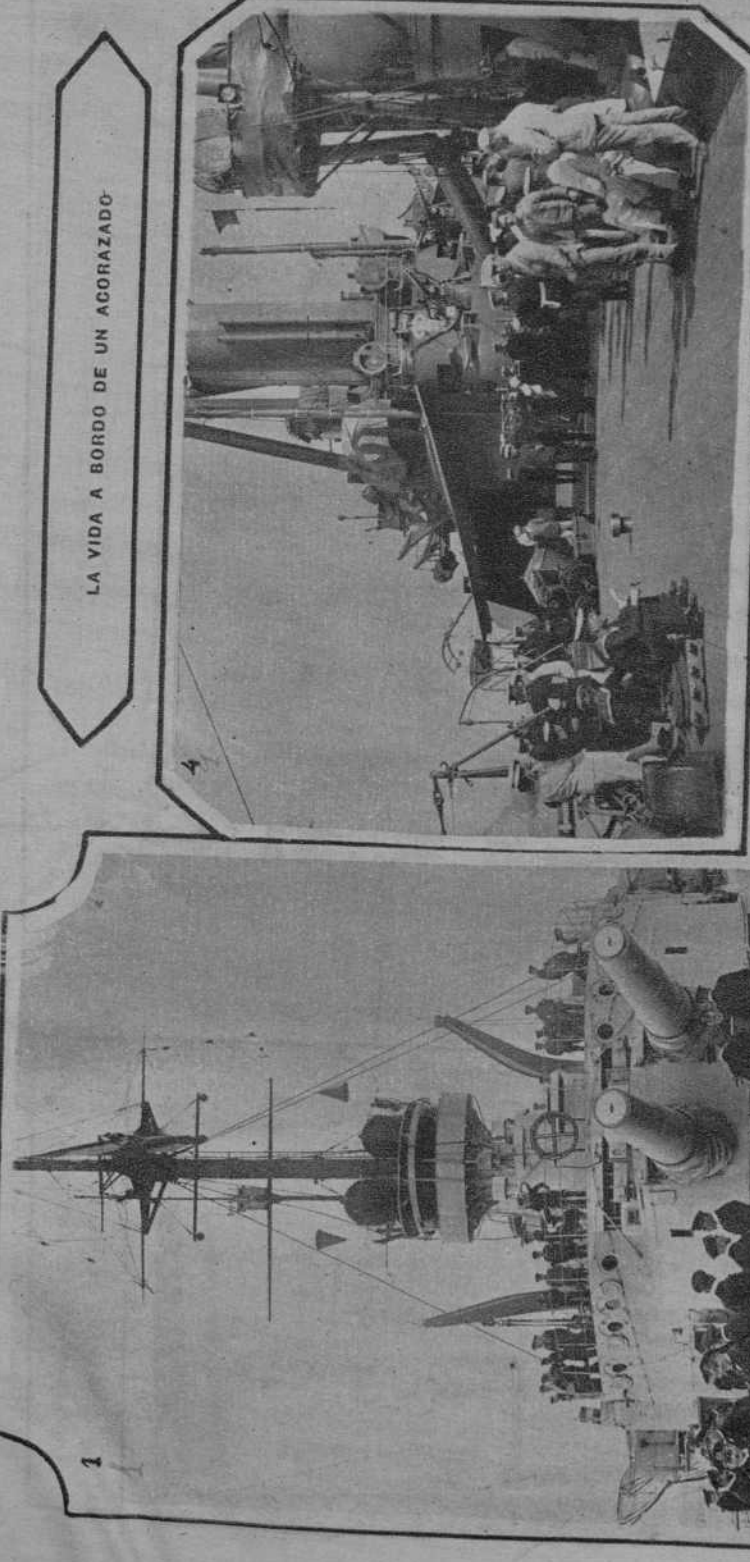
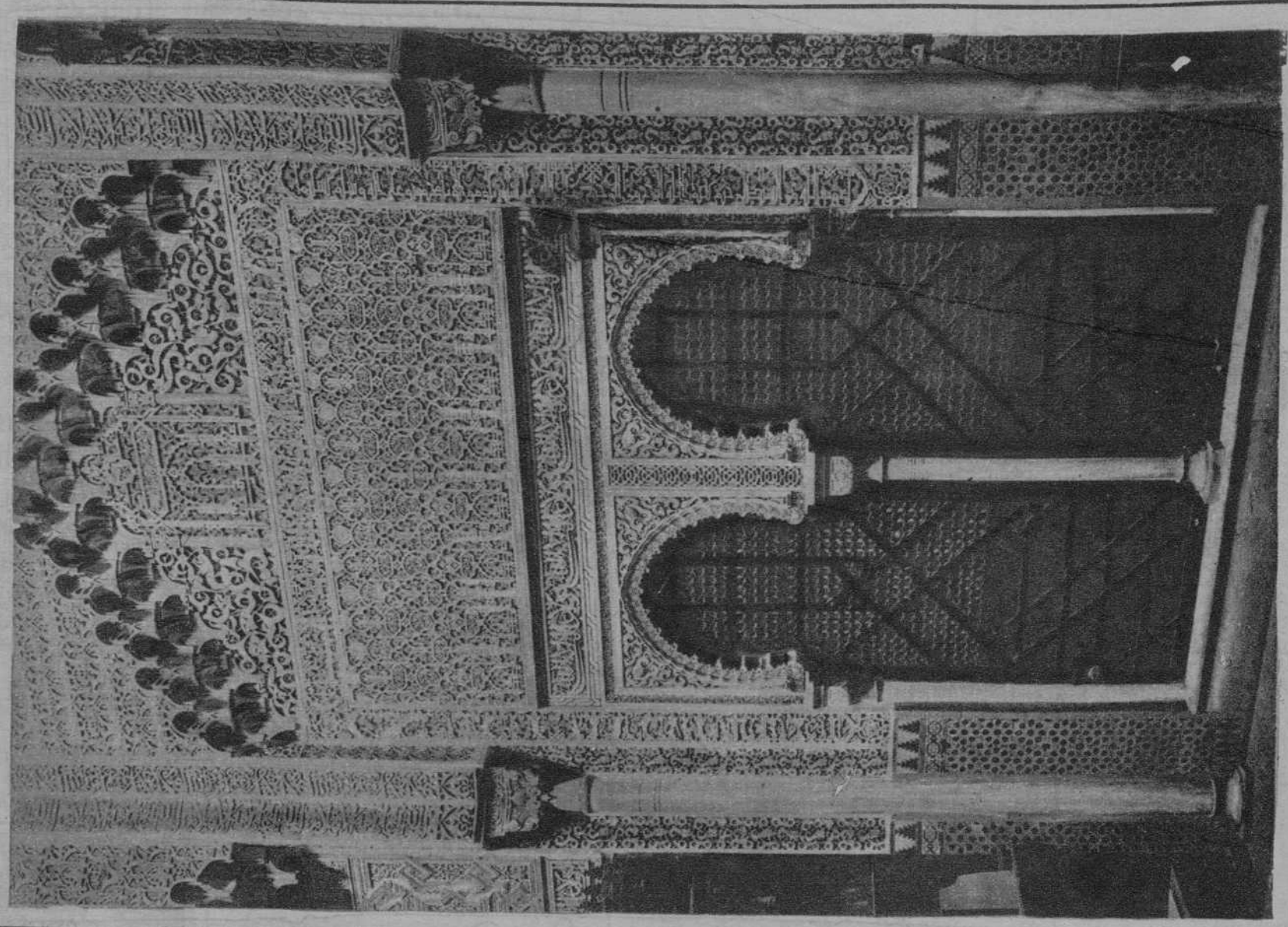


LA VIDA A BORDO DE UN ACORAZADO



- 1.—Un día de fiesta en el puerto. (Fot. Vidal)
- 2.—Un rato de descanso. (Fot. Lazaro)
- 3.—Ejercicios gimnásticos. (Fot. G.)
- 4.—La hora del balido. (Fot. Scheri)



Interior de la Mezquita en la Casa del Cabildo Viejo (Granada)

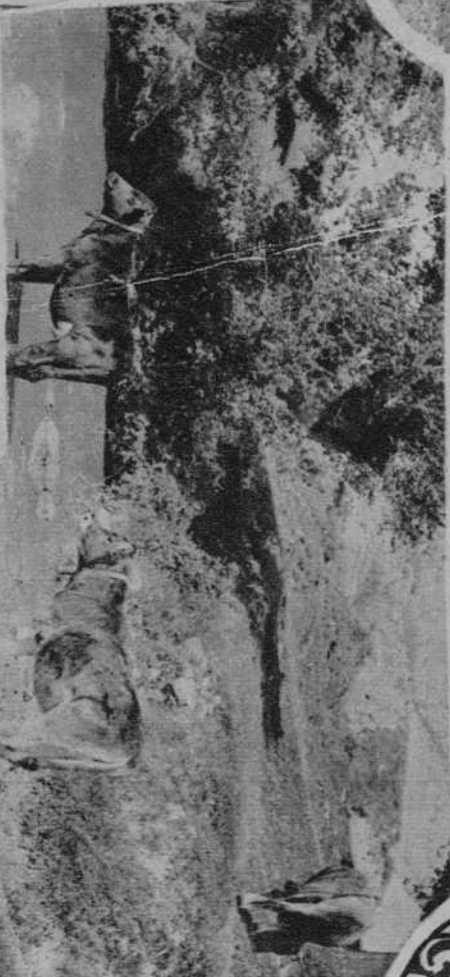
La vida rural en Cataluña



Las tardes del domingo



Escenas de Rupidà

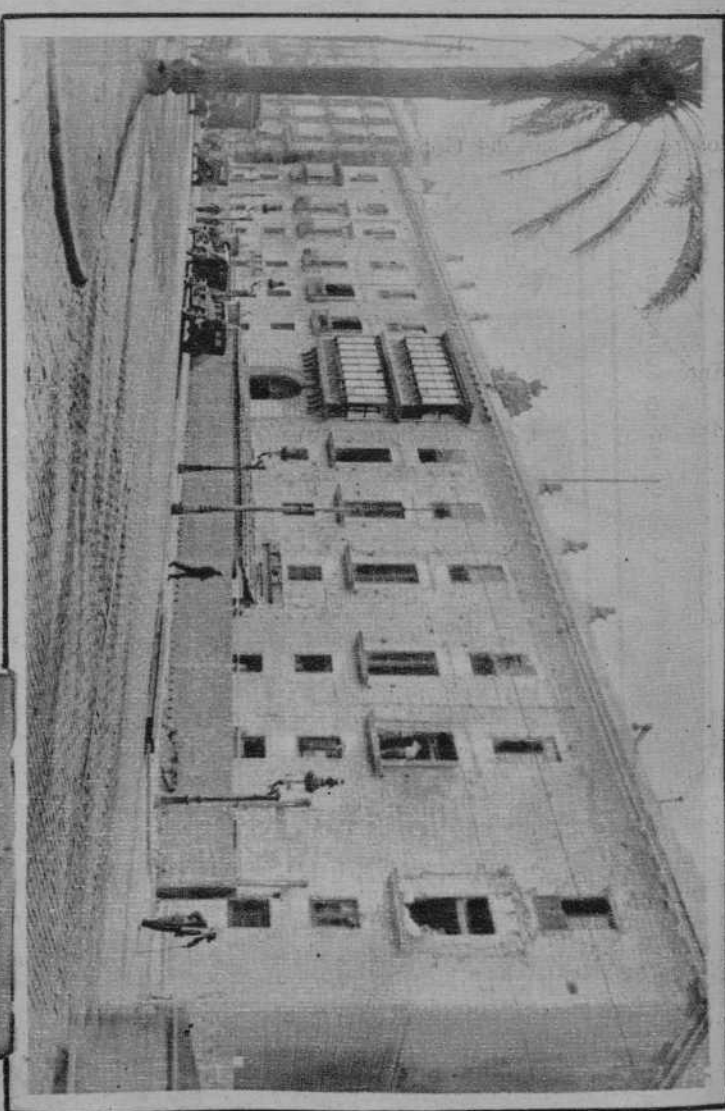


La vacada pastando



Una calle del pueblo

Una vieja hilandera
(Fots. Battie)

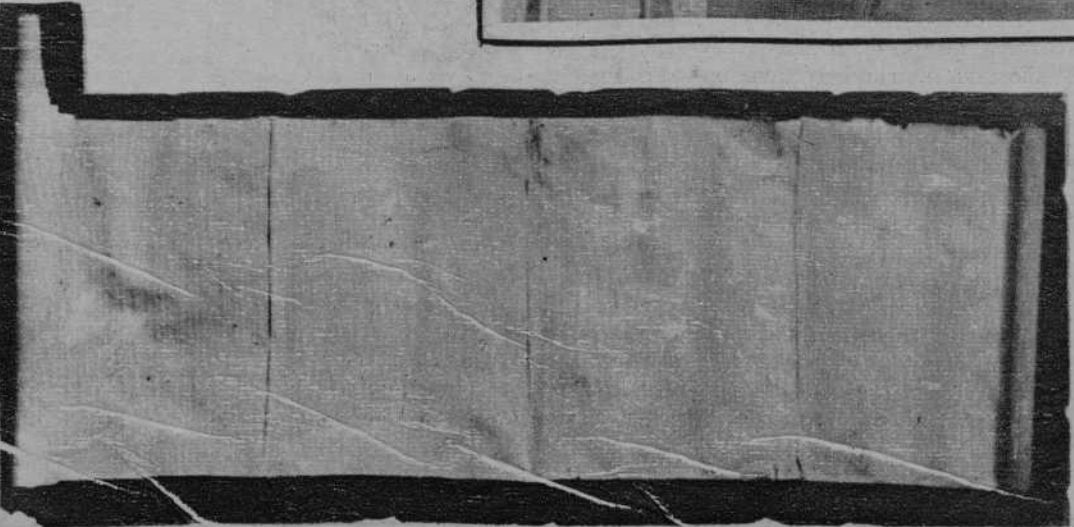


Estado actual de las obras que se realizan para la reforma de Capitanía General.—(Fot. Mateo)

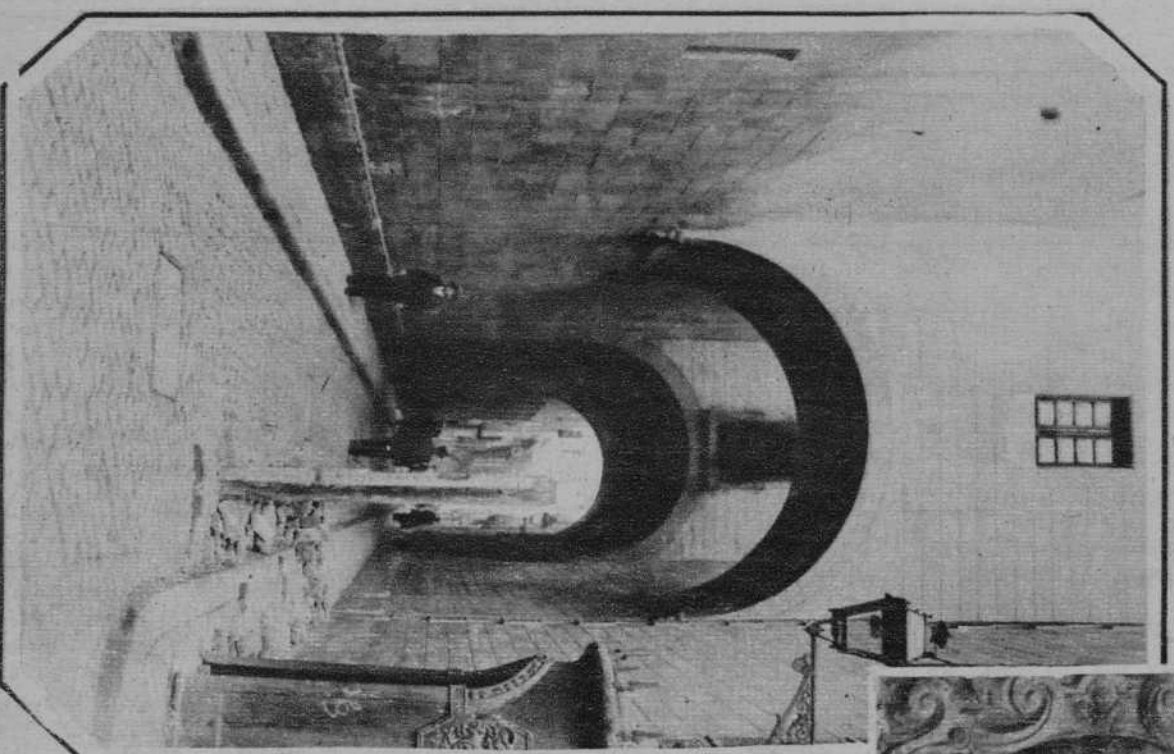
LA REFORMA DE LA CAPITANÍA GENERAL DE CATALUÑA



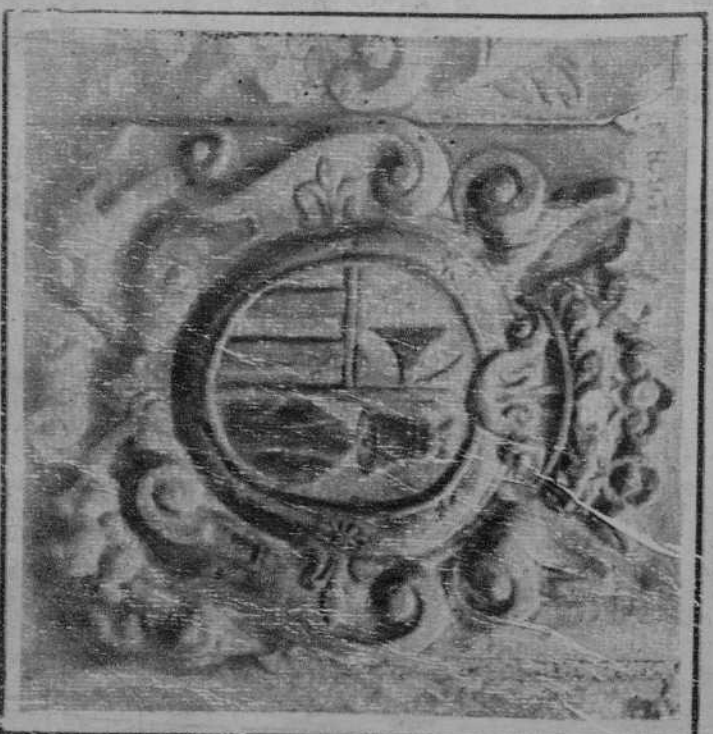
Armas del reverendísimo P. Fray Dalmaçio Serra, relieve en piedra presdente del Convento de la Merced



Notable pergamino, encontrado hace algunos años en el hueco de una pared de Capitanía, existente en el Archivo del Real Patrimonio. Es el documento llamado de un modo especial la atención del Rey, en su visita a dicho Archivo



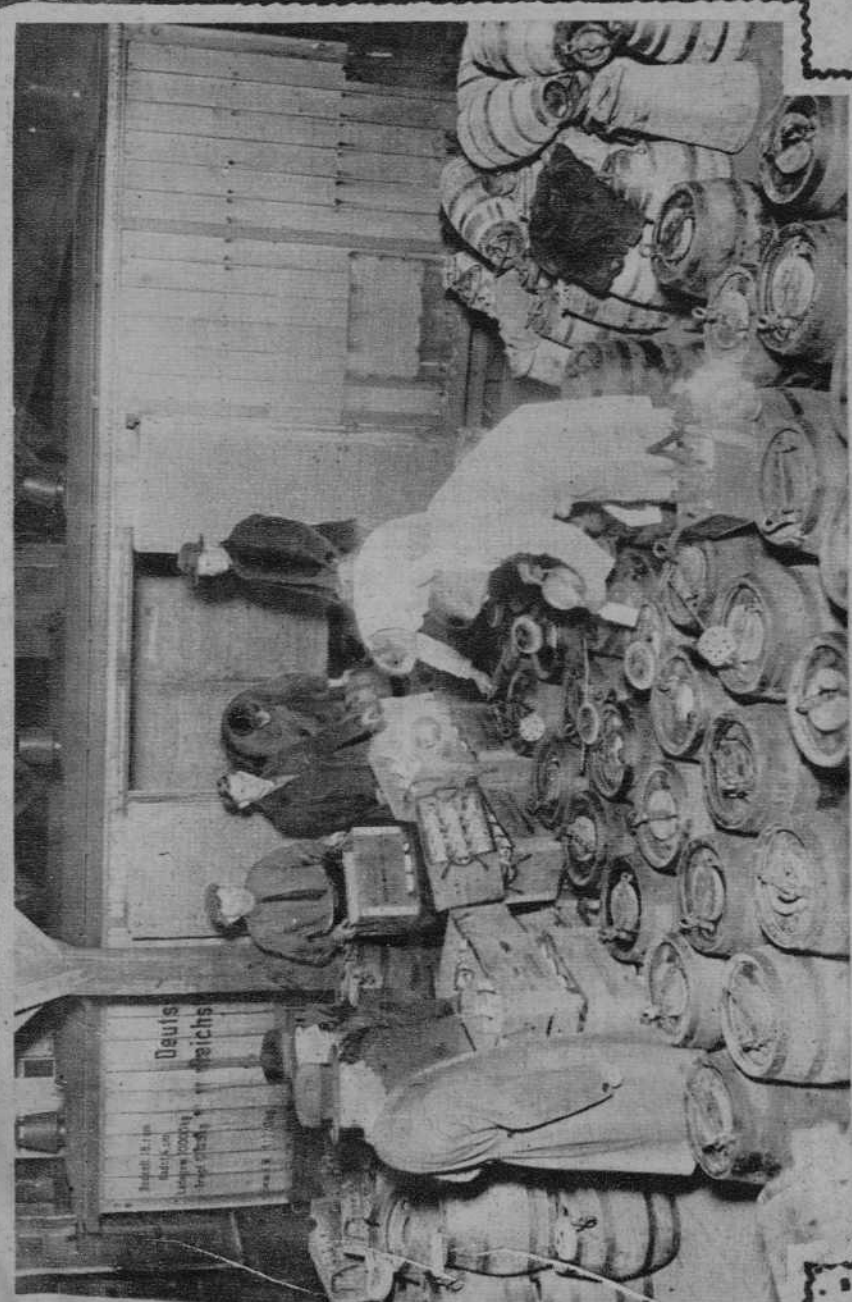
Puentes de comunicacion de la Capitanía a la Basílica de la Merced, que serán modificados



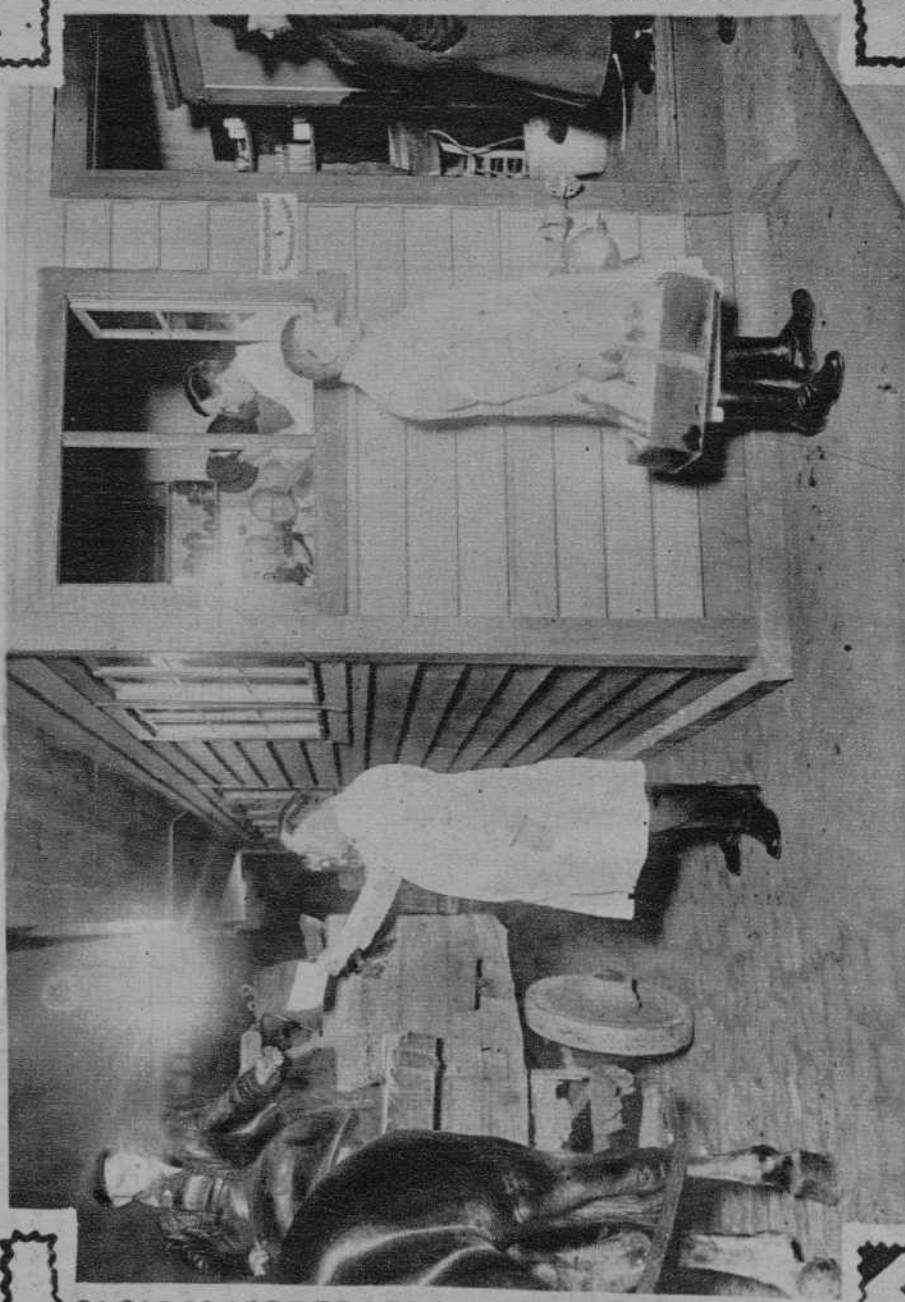
Armas del reverendísimo P. Fray José Sanchez, relieve en piedra procedente del Convento de la Merced

LA LUCHA PRO SALUD PUBLICA

EN LAS GRANDES CIUDADES ALEMANAS, LA LECHE QUE LÉGA NO ES LIBRADA
AL CONSUMO PUBLICO SIN UN PREVIO EXAMEN DE SU CALIDAD

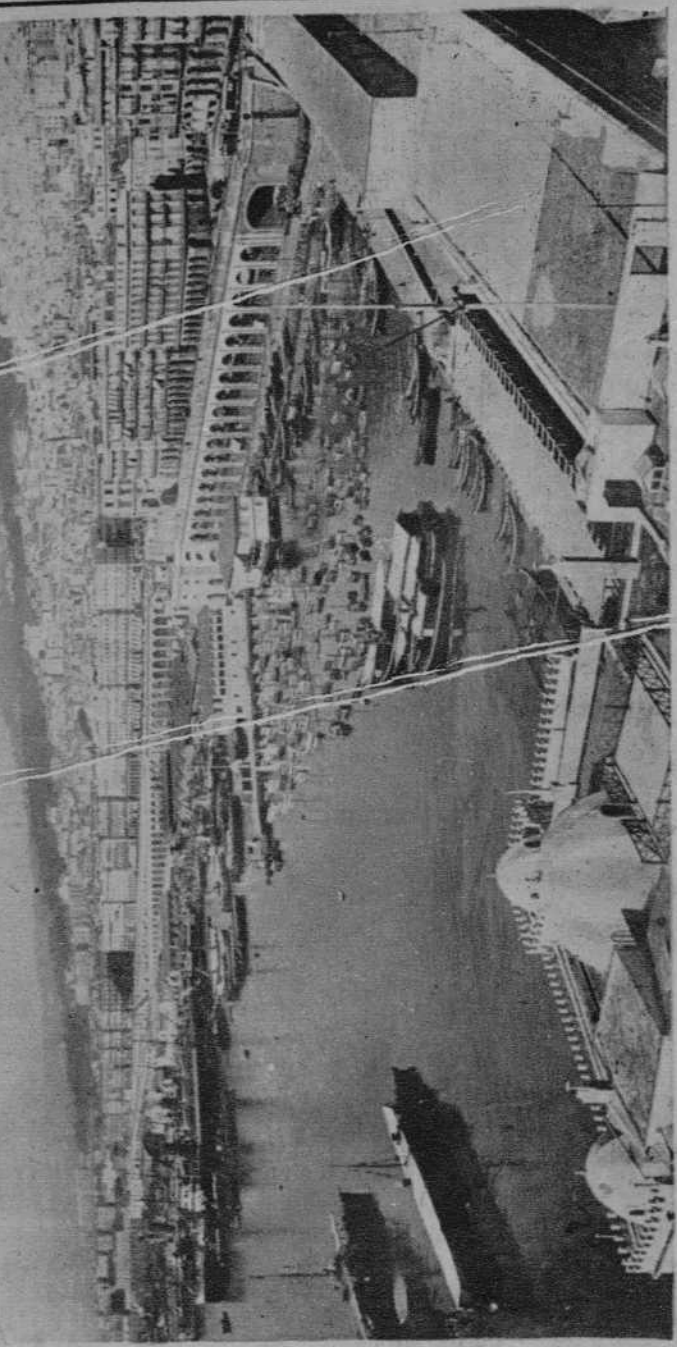


La toma de muestras, en las estaciones

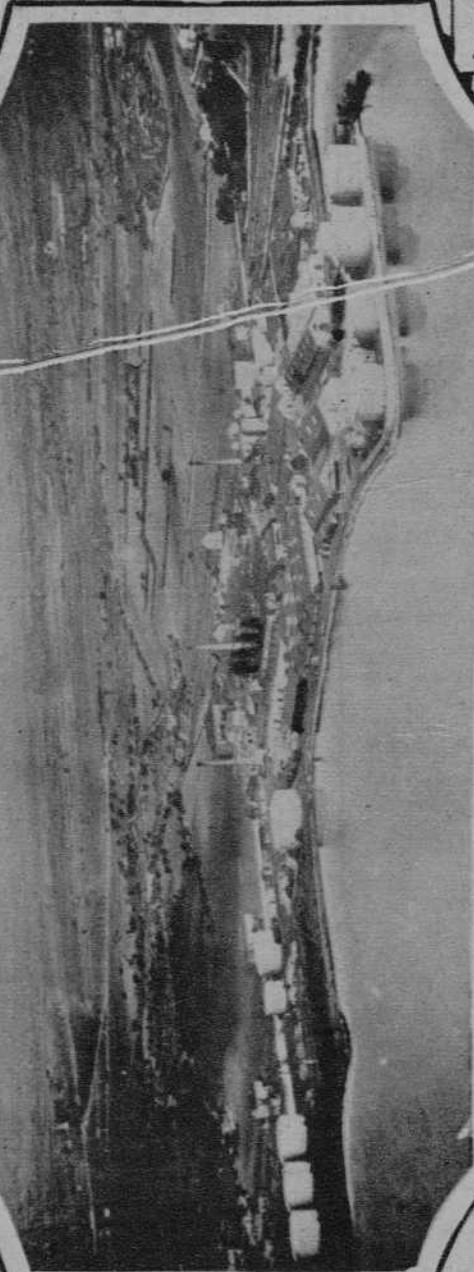


El permiso de introducción.—(Fols. Scherl)

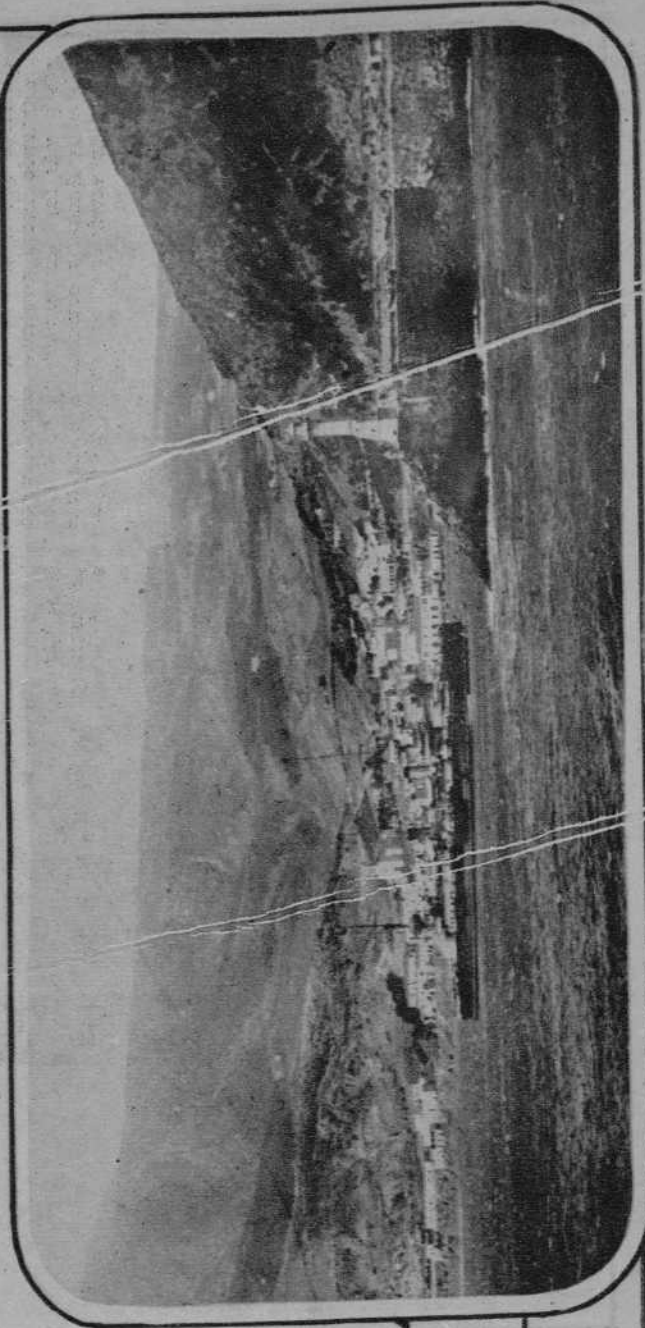
LA BLANCA ALGER
Y SU PUERTO



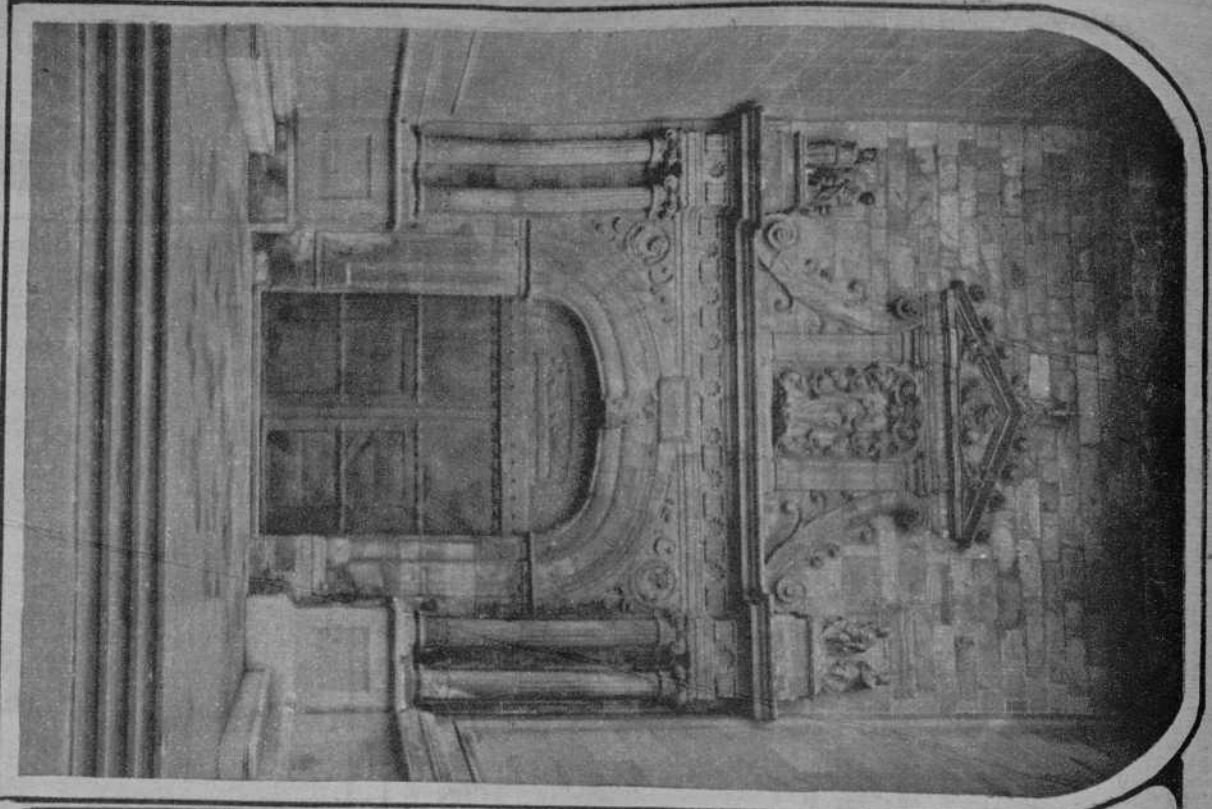
Vista general del puerto



Las refineras de petróleo



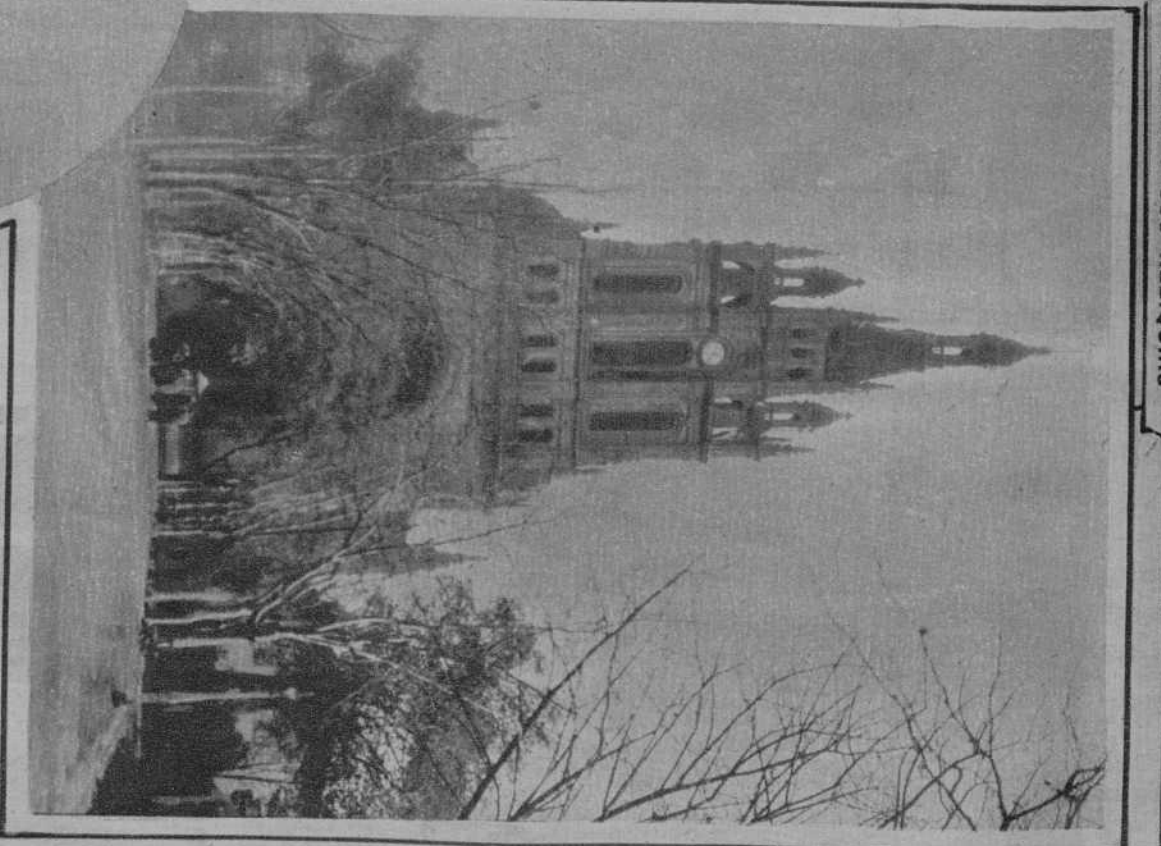
La entrada
del puerto
(Fols. Consorcio)



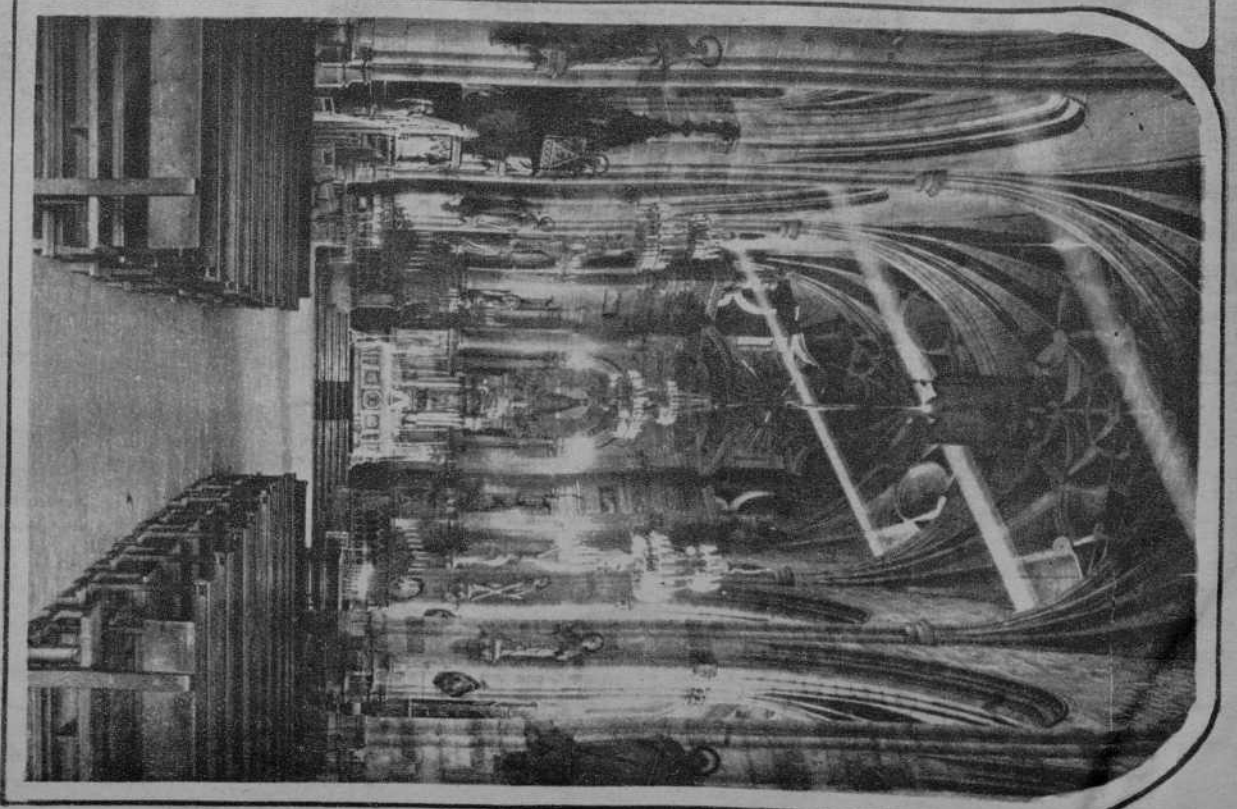
Una de las puertas del templo



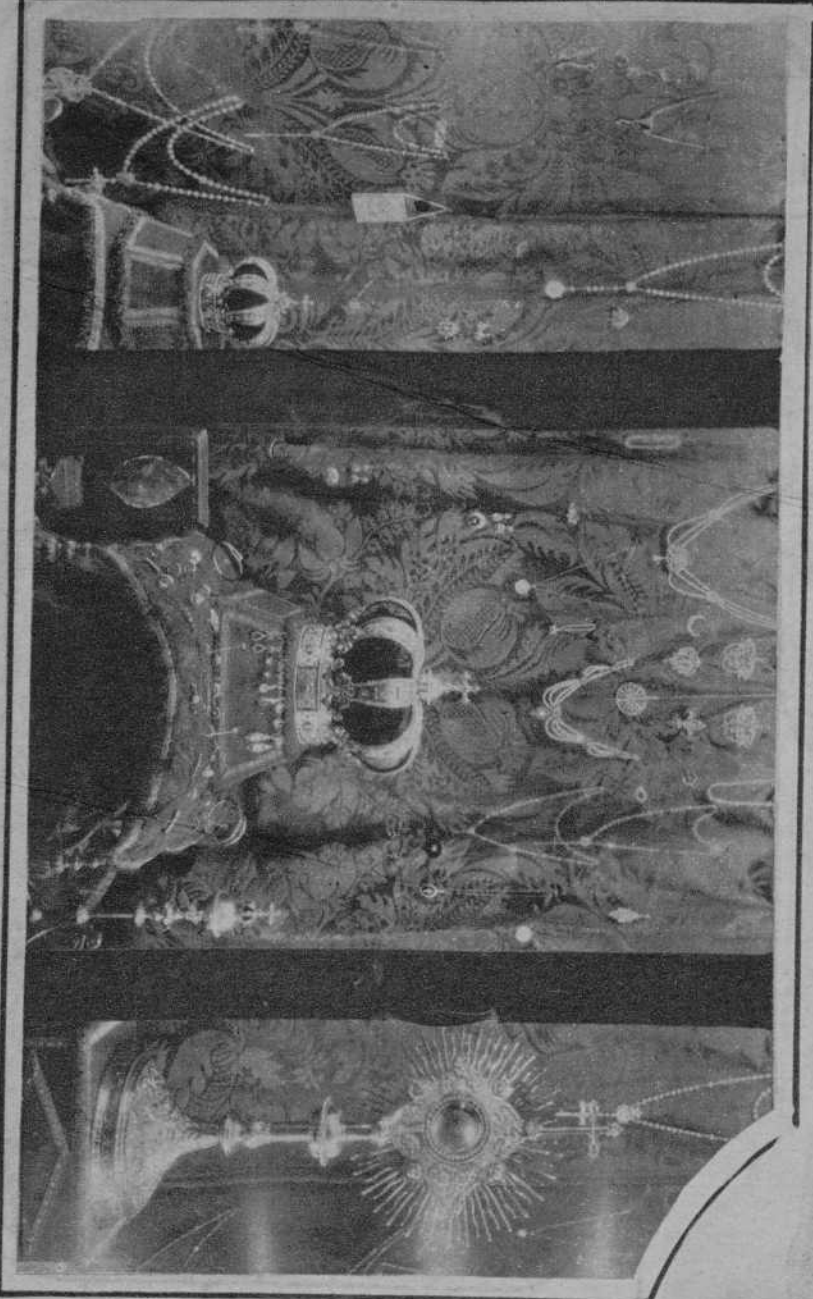
La reliquia de San Juan, que se venera en el templo



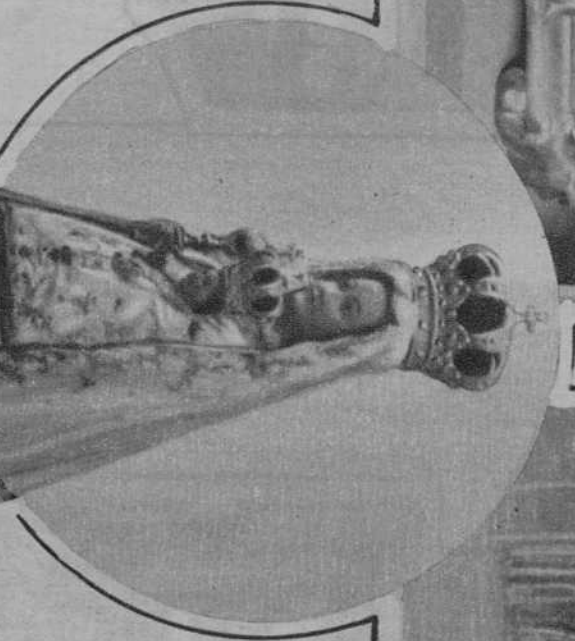
Vista general del templo



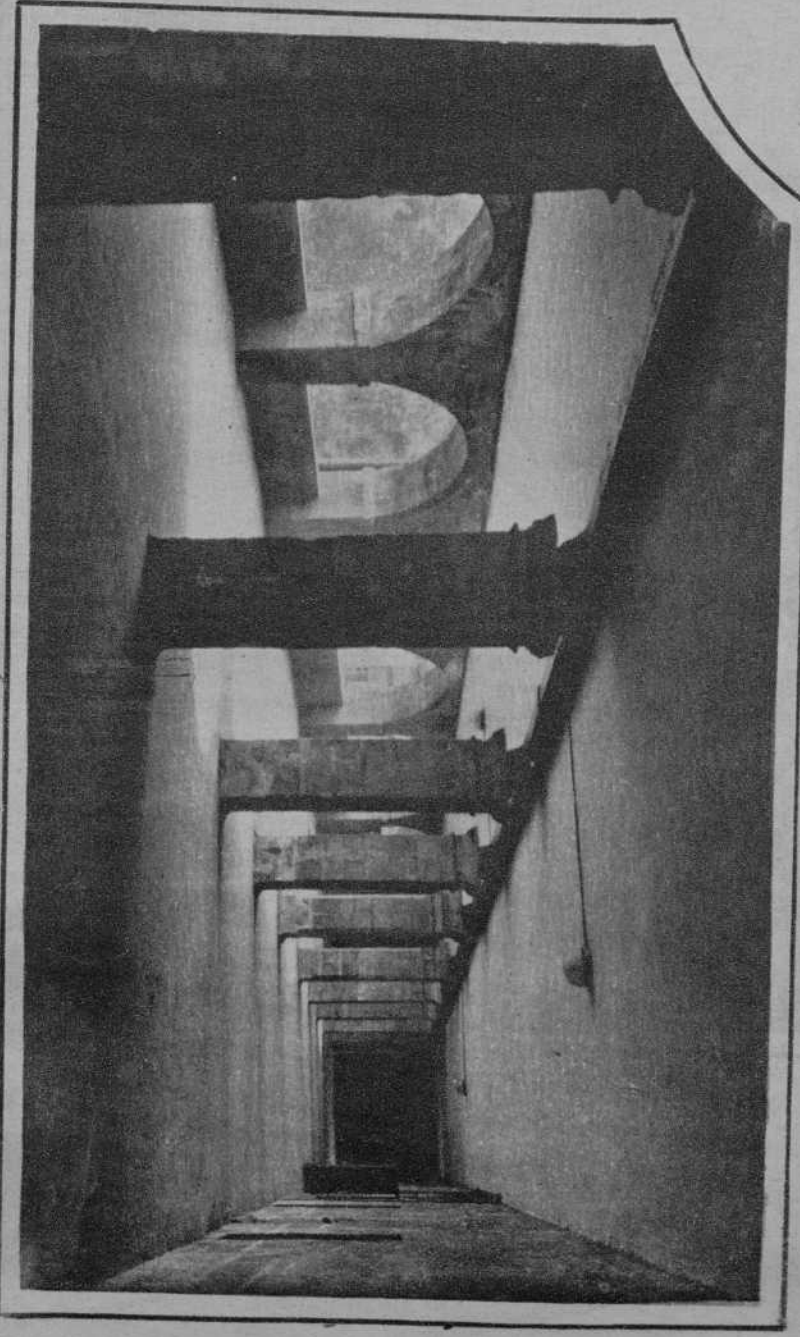
Interior de la Basílica



Las joyas de la Virgen



La Virgen, de cuya coronación se ha celebrado el 25.º aniversario



El Portico de Begona.—(Fots. Amado)

el cuento del domingo DE LIMPIABOTAS A MILLONARIO

por
DOMINGO
DE
FUENMAYOR

(Ilustraciones de BOSCH)



manos bastantes sucias del banquero mos-
traron la carta adversa, podía hacer tin-
tinear aún en su faltriquera la suma de
veintiocho reales.

Eran, a la sazón, las seis de la tarde. El
año había cumplido once meses y no hay
que añadir que ya por las calles estaba
encendido el alumbrado y la Unión Gene-
ral de Vagos Bien comenzaba a consumir
en las terrazas de los cafés, protegidas por
toda suerte de biombo y paravanes,
grandes cantidades de aperitivos.

El momento preciso, caramba; no había
que retrasar ni un instante más. Con-
vertida la risa en francas, en abiertas car-
cajadas imposibles de disimular, nuestro
hombre salió de la timba poco menos que
saltando de felicidad. Iba nada más que
a hacerse rico.

Ustedes conocerán también la Historia
del señor Carlos Urquiza. Apostaría a
que sí, pues se trata de una existencia

Cuando, a los pocos minutos de haber
arrojado sobre el tapete una moneda, ad-
virtiéndole: «de salto, a la sotas», salió el
caballo, Heliodoro Berdayo se echó a reír
de buena gana. Era el propietario de las
dos pesetas pisoteadas por el jaco naipes-
co, y constituían ellas nada menos que el
resto de sus ahorros, acumulados heroica-
mente en aquel empleo de la tienda pue-
blerina, del que había sido desposeído poco
menos que a puntapiés.

Había para troncharse de risa. Porque
a nadie más que a sí mismo culpaba
Heliodoro de estar desempleado, ni sobre
otros hombres que no fuesen los suyos, po-
día honradamente echar el peso de haber-
se quedado sin un cuarto.

Rió, volvió a reír, felicísimo. Paso a pa-
so, la fortuna iba desarrollando ante sus
ojos, ante su vida, los números del prográ-
ma que se había trazado: primero, perder
la colocación; quedarse luego sin dinero...
Es decir, sin dinero, totalmente sin di-
nero, no; Heliodoro Berdayo, cuando las

ejemplar, que nadie, no sea más que por
patriotismo, debe desconocer en el país. La
historia del señor Carlos Urquiza, puede
mostrarse a los extranjeros con igual no-
bia orgullo que una muralla ciclópea o el
relato de una buena batalla.

No obstante, voy a ver si les refresco a
ustedes la memoria, contribuyendo de pa-
so a la expansión de las glorias nacionales,
si tengo la fortuna de que algún turista
no indígena me lea. Allá va:

Carlos Urquiza, llegó a Buenos Aires
escondido en las bodegas de un trasatlánti-
co, alimentándose de gutapercha, cuyo ex-
traño alimento era transportado por el
buque en gran cantidad. Desembarcado que
hubo, esperó a que se hiciera de noche,
conseguido lo cual, tomó un pincho y de-
dicóse a burlar en los montones de basu-
ra abandonados en los lugares estratégicos
de la ciudad, para que los encargados de
la limpieza llenaran con ellos sus carros.
De esto hace ya cuarenta años; ahora las
cosas de la higiene han mejorado en la

zar, los representantes del Gobierno provisional le indicaron que podía ceder la corona al zarevitch.

—¿Nosotros podemos acompañarle?—preguntó.

—No. Será nombrado regente, durante la minoría de edad, el gran duque Miguel—le respondieron.

—Entonces abdicó en favor del gran duque Miguel.

Por el hijo, todo. Al que curase al hijo, con remedios humanos o con mediaciones divinas, todo.

Entonces apareció Rasputín.

Ana Virubova.—Sobre la tierra, Ana Virubova no tenía más ideal, ni se dió más misión que servir a Dios y a la emperatriz. Hija de Tanaieff, jefe del gabinete privado del emperador, entró como señorita de honor en la corte en 1903, y más tarde, en 1905, fué elevada a dama de honor. Era una mujer alta, recia, hermosa y tonta. Tenía un alma de criada. Servir ciegamente a la emperatriz, primero, a la emperatriz y a Rasputín después, constituyó toda la orientación de su vida.

“Servir a los zares—escribió luego Ana Virubova en su Diario Secreto—es no tener deseos propios, ni sentimientos, ni alegrías. Todo les pertenece. Todo es para ellos”. Así, sirvió la Virubova a la emperatriz, y como que nada pedía para ella, como que no sentía ambición, fué la confidente de la zarina y ella, con Rasputín, gobernó a Rusia. Los murmuradores dijeron que el zar se había enamorado de ella. No era cierto. “Tú eres una mujer fría y para los hombres eres como un muro”—le dijo un día el zar—. No tenía, cierto, sensualidad, la Virubova. Para ella, no existió otra pasión, que su amor a la emperatriz, a Dios y a su representante en la tierra, Rasputín.

Ana Virubova casó con un oficial de marina, Nicolás Virubov, del que se divorció al cabo de dos años de matrimonio. Su amor fué el general Orloff, sentimental y... La emperatriz y la Virubova extranguló su amor para que la zarina no sufriese ante la fatal coincidencia amorosa de las dos amigas. La pasión de la zarina no fué pecadora. “Me gusta conversar con Orloff y cantar ante él, siento que él hubiera sido mi pasión pero jamás seré su amiga.” La corte comentó el “flirt” de la emperatriz y las murmuraciones hicieron que el zar enviase a Egipto al bello general, donde murió a los pocos meses. Ni Nicolás II, ni Alejandra Feodorovna, en veinte años de matrimonio tuvieron otro momento de duda en su amor. Vivieron siempre el uno para el otro, presidiendo su hogar la más sutil honestidad.

La Virubova, igual. Falsos todos los rumores que corrieron sobre ella. Falsas sus obscenidades con Rasputín. Lo servía como una esclava, le besaba las manos sucias y las botas polvorientas, sufría sus imprecaciones y sus injurias, toleraba que llevase a su casa, unas veces sus sirvientas, otras mujeres de la calle, incluso ramera, para poner a prueba su humildad, grata a Dios, y su obediencia, pero la Virubova no tuvo lazos carnales con Rasputín. No los tuvo con nadie. Esta mujer mística, histérica e intrigante, blanco de todas las maledicencias cortesanas, y de todas las más viles insinuaciones populares, permaneció pura. Su matrimonio fué anulado porque su marido, un desequilibrado, enfermo de los nervios, no era dueño de sí en todos los momentos. Cuando

todavía, abrazó fanáticamente su nueva religión hasta caer en creencias supersticiosas, poniendo idéntica fe en Dios que en un amuleto, o en las divagaciones proféticas de un visionario o de un curandero con pretensiones de místico. La emperatriz Alejandra era un carácter. La fatalidad de su camino a Rasputín, que intoxicó la vida pública de Rusia, descendió sobre ella, pero entre la vida de su hijo, el zarevitch, y el privilegio del imperio, prefirió el hijo. A ser el zarevitch un muchacho sano, no hubieran apelado los zares al curanderismo sobrenatural de Rasputín y tal vez la revolución no estallara en 1917. Un año más y llegaba la victoria. Los zares en vez de haber hallado una muerte siniestra en Ekaterimburgo, pasearían su fuerza victoriosa por Constantinopla, cedida a Rusia por los aliados. Pero Rasputín, apareció un día en palacio con su blusa de mujic y sus barbas apostólicas diciendo: Yo salvaré al zarevitch. Yo salvaré el imperio...

El misticismo de los zares.—Un día, en 1909, leían y dialogaban en el cuarto del zarevitch, la emperatriz, Ana Virubova y Aguinuchka, la antigua nodriza, primera camarera, después, de la emperatriz, cuando ésta comenzó a murmurar frases incoherentes.

—Acabo de ver una cosa horrible para ti y para Papá... (*) ¿No oís la tempestad?... El Neva se desbordará y sus olas serán rojas... ¡Ay de nosotros! ¡Ay del trono!... En el propio palacio se verterá sangre.

La emperatriz, consternada, cogió del brazo a Aguinuchka:

—¿Qué más? ¿Qué has visto más?

—Un pariente tuyo de pelo blanco y un extranjero. Témelos... Guárdate de ellos.

La emperatriz, murmuró:

—El del pelo blanco es el gran duque Nicolás y el otro, el extranjero Withe, el ministro.

Esta escena muestra todo el espíritu duro, sólo maleable por los agoreros y las pitonisas, de la emperatriz. Creía en las visiones de su camarera, dando a las alucinaciones de ésta una interpretación real e inmediata. Ella tenía la decisión y la voluntad del gran duque Nicolás, como tenía la ambición de los otros grandes duques, que, según ella, habían llegado a pensar en un reparto de Rusia. La pequeña Rusia sería para el gran duque Miguel, el Cáucaso para el gran duque Nicolás, la Siberia para un hijo del gran duque Constantino y la Rusia Central para el zar. Rusia sería como una Alemania, con diversos Estados y varias dinastías.

Así la familia imperial cayó en una soledad inconcebible. A Traskaie-Selo no iban más que a despachar los ministros, los cortesanos con cargo en palacio y Ana Virubova. Al pueblo que creía que la soledad de la emperatriz era orgullo y desprecio por su nueva patria, se sumó la animadversión de los duques y de los aristócratas. La propia emperatriz viuda, María Feodorovna, madre del zar, era considerada como enemiga, atribuyéndosele ideas liberales y un gran rencor contra los que vivían próximos a los zares, como Ana Virubova y Rasputín.

Las tragedias primeras de su reinado, el aislamiento y la tardanza de tener

(*) Los íntimos, denominaban Papá al zar y Mamá a la zarina.

ciudad del Plata, lo bastante a que ninguna persona incluida en su censo de población pueda sentir sorrojo ante la posibilidad de que el servicio de limpieza continúe en igual estado que cuando Carlos Urquiza llegó a Buenos Aires.

Durante la primera noche de su búsqueda, el muchacho vió bastante acompañada por la suerte: entre la mole amarillada de un montón de inmundicias en que predominaban las pieles de platano, halló una bonita cucharilla de plata. A la segunda noche, un nuevo hallazgo de igual índole venía a favorecerle. A la siguiente, la Fortuna se colocó decididamente a su lado y le hizo encontrar dos cucharillas, un servilletero y un bolso de señora, con melillo.

Después de eso, Carlos Urquiza había adquirido una casita en las afueras y se hizo dueño de un carro arrestrado por un brioso asno. Optó por llevarse a casa los montones de basura, para en su domicilio clasificarlos, y así lo efectuó. Dijo que una buena hada hacía que en Buenos Aires se perdieran todas las cucharillas de tomar café y que él las encontraba. No pesaron ciertamente sesenta días más, sin que el mozo tomara uno a su servicio, igualmente provisto de un carro y de un horquillo.

También fue afortunado el dependiente. Oierta noche, a las pocas de comenzar la prestación de sus servicios, regresó a la casa—ampliada ya notablemente—, portador del enorme montón de basura que todos los días producía el palacio de los marqueses de Utrabombó, verdadera pieza de enovación de la arquitectura colonial. Entre la basura, ornamentado con algunas coronas de langostinos y buena cuenta de cascarnes de huevo, venía el viejo marqués, arrojado allí por los criados a causa de una dolorosa equivocción.

Alma horrada, Carlos Urquiza no devolví nunca las cucharillas que hallaba en su camino, pero comprendí cada incorrecto habría sido seguir igual procedimiento con los marqués. Cogió, pues, al prócer bajo el brazo, y lo llevó a su palacio, sin esperar que los periódicos, al siguiente día, ofrecieran alguna gratificación en la sección de «Pírrindas».

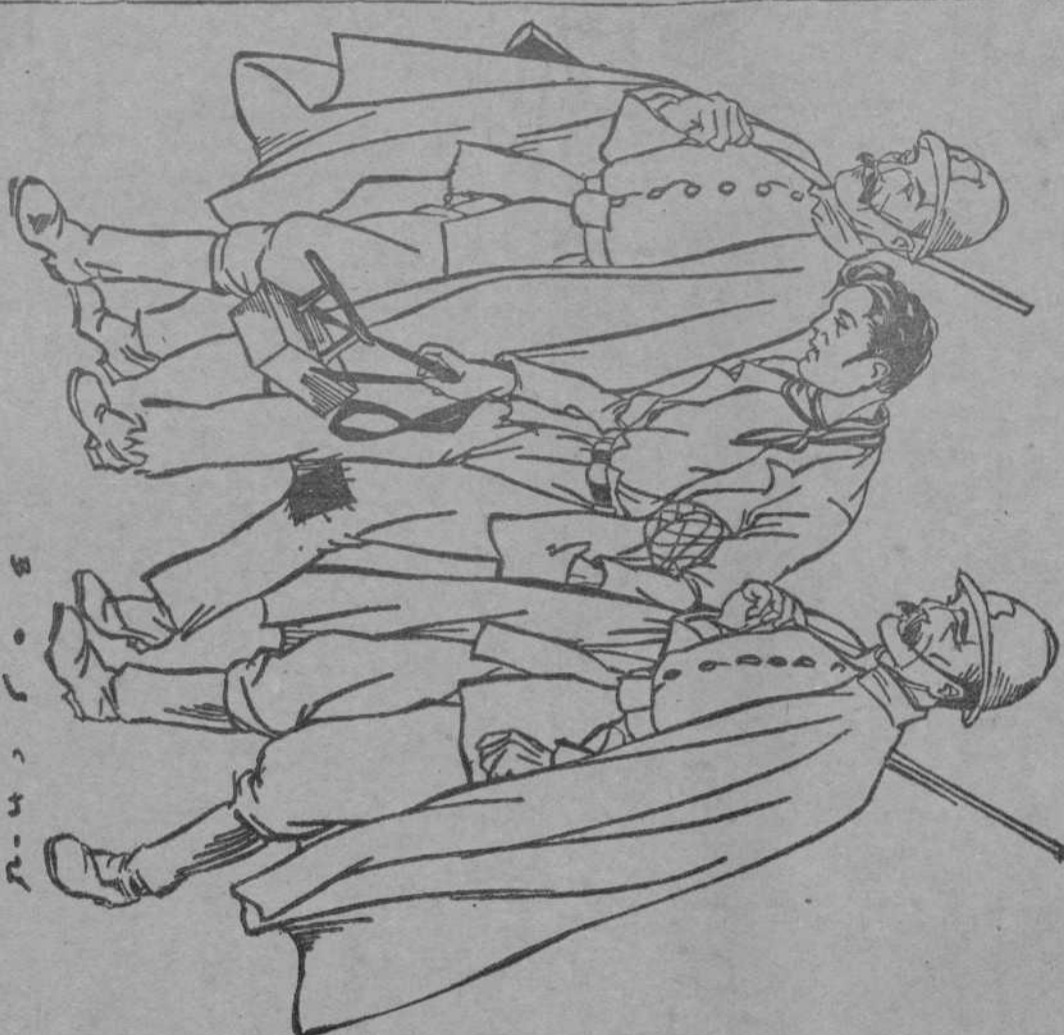
La marquesa, señora tallada a la antigua, dió a Carlos una fuerte suma para que retirase a su conyuge al montón de despojos y guardase una reserva conveniente. Así lo hizo, y desde entonces sus negocios adquirieron aún mayor auge y esplendor. Con las basuras propiamente dichas, fabricó briquetas de una extraordinaria combustibilidad, constituyendo, a base de esta patente, que oportunamente hizo librar a su favor, el potente estruendo de despendidos y similares, que a los pocos años le hicieron rehervidamente millonario.

Cuando el pasado murió en su aldea nativa el señor Carlos Urquiza—y esto al que todos lo saben—, no habría podido contar sus millones valiéndose de los dedos de todas las manos disponibles en el vaclandrio, ni aun en el caso de que el delegado gubernativo hubiese hecho exacta prestación de los ayos.

Las palabras vega de «multimillonario»,

tenía en don Carlos, en el excelentísimo señor don Carlos, su más exacta personificación.

Honremos su memoria, favoreciendo de paso a la verdad. El hoy difunto caballero, cumplió largamente con su deber de indiano. A saber: se dejó crecer la barba



muchacho lo que, para asombro, parecía un cuento optimista y era, por fortuna, una realidad: un hombre, alimentado con gutipochas durante una travesía inabundable y poseedor de un gancho de hierro como único bien material, podía regresar teniendo que firmar los cheques con es-

tampilla para no dañar demasiado su mano derecha, a tener la humorada de pretender sacar su dinero de los Bancos de mil en mil pesos.

Así, pues, no era preciso—oh, paternal ignorancia!—, sacrimar el hombre, para llegar a ser «un hombre de provecho», ni llenarse la cabeza de lugares comunes y tópicos honoríficos. Para mover el mundo, bastaba menos que el punto de apoyo que Arquímides, redomado gusón, solicitó en vano: un pincho era suficiente.

Y quien dice un pincho... Cuando Heliodoro Berdugo adoptó la brava determinación de seguir el ejemplo de Carlos Urquiza, en manera alguna pensó seguirlo tan paso a paso como significara el marcharse a la Argentina escondido en el vientre de un trasatlántico y, una vez allá, empezar a revolver montones de basura. Habría sido un plagio indecoroso.

Con igual punto de partida, quedaba margen para buena cuenta de originalidad. Respetando lo fundamental—la absoluta carencia de fortuna—, podían variarse, según la inventiva de cada cual, los detalles secundarios, que si eran alifios y condimento de la aventura, no constituían, por así decirlo, su chimiento ni su corazón.

La historia ejemplar de Carlos Urquiza, que yo no me explico como los Altos Poderes del Estado no han hecho ya que se estudie con carácter de obligatoriedad en las escuelas primarias, pues no cabe dudar que tiene un valor educativo superior por todos conceptos al de la tabla de multiplicar, era conocida de pe a pa por Heliodoro Berdugo, de quien tenemos afirmado que ha de ser el héroe de nuestra historia.

Allá en el pueblo, mientras en las habitaciones interiores de las flor de canela—Confiterías finas, realizaba la deliciosa mezcla de miel de romero, pasas y avellanas que tantos años de gloria había deparado al acreditado establecimiento, repetíase el

A la noche, la emperatriz fué conducida a la fuente milagrosa de San Serafín. Sus damas le fueron quitando las joyas, la desnudaron, y rezando se bañó en el agua fecunda. La «iluminada» Daria Osipava la acompañaba gritando una letanía de frascos que, en su hora, era el... cundador. Los frailes del monasterio, junto a las reliquias de San Serafín, elevaban fervorosos una plegaria al santo: «Dadnos un zarevitch». «Haced un nuevo milagro que asombre y alegre a nuestra Rusia»... Ocurría esto el 30 de julio de 1903. El 12 de agosto de 1904, nació el zarevitch, al que le fué dado el nombre de Alexis.

La enfermedad del zarevitch.—Fué como un suspiro de resurrección que recorrió todo el palacio imperial, la corte y toda la tierra rusa, la gran noticia del nacimiento del heredero del trono. Pero el trono estaba en guerra, Rusia estaba en guerra, y el regocijo del advenimiento del zarevitch no pudo tener fiestas porque se hizo el anuncio entre dos derrotas. ¿Qué importaba, sin embargo, la guerra, si al fin, tras las profecías de los adivinadores y el agua santa de la fuente de San Serafín, la emperatriz había asegurado, contra los grandes duques en acecho, la continuidad masculina de la dinastía!

Pronto al contento siguió la aprensión y tras la aprensión llegó la angustia. La guerra con el Japón se perdió, haciéndose una paz vergonzosa. Con la paz comenzaron las revueltas, y en 1905 corrió por toda Rusia un viento de revolución que llegó a las mismas puertas del palacio imperial, ante las cuales el pueblo, conducido por el pope Capone, en connivencia con la ocrana, la policía política, fué fusilado.

Guerra perdida, revolución comenzada, muertos que, por vez segunda, se se amontonaban ante los zares, ¿qué más faltaba para espesar la tragedia de aquellos emperadores atormentados por el Destino? El zarevitch, tan anhelado, había venido con una enfermedad hereditaria. Al menor golpe sufría una hemorragia interna, con tumores subcutáneos que ponían en peligro su vida. La emperatriz, al constatar la enfermedad, sintió la desesperación de lo inevitable. De ella habían muerto varios varones de su familia. Consultó con médicos, con cirujanos, con curanderos. Inútil, inútil todo. Si el zarevitch llegaba a la adolescencia, tal vez su salvación fuese posible, porque, entonces, reflexivo, consciente de sus actos, podría vigilar sus gestos, evitando los golpes y todo cuanto pudiera dañar su propensión enfermiza.

Dios que les había dado heredero, Dios se lo quitaba, y fracasada la ciencia humana, estériles todas las intervenciones médicas, no quedaba más que la misericordia divina. No hubo rezo en palacio, ni iconos en las capillas imperiales que no estuviesen consagrados a la salud del futuro emperador. El padre Teofan, confesor de la emperatriz, recurrió, inútilmente a plegarias y exorcismos para alejar el mal. Un médico misterioso, llamado Badmaici, de procedencia obscura, y que curaba por medio de hierbas mágicas halladas en el Thibet, o en la estepa, ensayó la cura, o al menos la atenuación de los dolores, esto algunas veces con éxito, pero la enfermedad seguía, el peligro estaba siempre presente y con el peligro la muerte.

Los emperadores no vivían más que para su hijo. Entre el imperio y el hijo, preferían el hijo. Al iniciarse la revolución, llegado el momento de abdicar el

un heredero, fortalecieron el misticismo de los emperadores, conduciéndoles hasta la obsesión grotesca. Como ellos, la corte y el pueblo deseaban para la corona un heredero, y sucesivamente la emperatriz iba dando a luz a princesas. Primero Olga, después María, después Tatiana, finalmente Anastasia. El heredero no venía y los centros políticos y cortesanos comenzaban a preocuparse del posible candidato a la corona, indicándose al hermano del zar, el gran duque Miguel.

Fuó entonces, antes del nacimiento de la princesa Anastasia, la escena, que ye hemos descrito de las cuatro religiosas ciegas llevadas por la gran duquesa Miliitza. La emperatriz, después, acogió a Mitia Koselski, un energúmeno idiota, al que se creía capaz de pronósticos que lanzaba con voces inarticuladas, traducidas por un sacristán, llamado Yegorov, que poseía la clave del lenguaje absurdo y escandaloso del iluminado.

—La emperatriz quedará nuevamente en cinta—auguró en una de las sesiones.

—¿Será hijo o hija?—le preguntaron ansiosamente.

—No sé... Falta todavía mucho tiempo para ser previsto.

Mitia Koselski defraudó, pero la princesa Miliitza, incansable, aportó un nuevo mago, esta vez francés, conocido por el doctor Philippe, a un tiempo sabio y vidente. Poseía cierto poder hipnótico, remedios milagrosos y clarividencia mística que lo hicieron famoso en los salones, captando la voluntad de los zares. Ratchkovsky, un agente del Gobierno ruso en París, envió un informe adverso al doctor Philippe. Ratchkovsky fué destituido. Las aventuras y las anomalías de la época de Rasputín tuvieron su antecedente en la época del doctor Philippe. La Iglesia protestó de su influencia, la aristocracia de su intervención en palacio, los partidos políticos de que en torno de un aventurero se formaran grupos y salones, pero la emperatriz, con los remedios de Philippe, recuperaba el sueño, sentía normalizado su corazón y disminuidas sus convulsiones. Un día, la mesa giratoria del salón de los «Nicolaevitch», aseguró a la emperatriz que tendría un hijo, y ante la mejoría y la profecía de la mesa giratoria dió en creer, primero que el feliz suceso sería cierto, inmediato después, y tan segura de ello estaba, que la noticia llegó a oídos del pueblo. Desgraciadamente, un médico comprobó un embarazo nervioso, y al desencanto, sucedieron las burlas.

Philippe marchó a Francia, de donde ya no volvió. Le sucedió otro mago, francés, Pápus. A éste una aventurera de origen desconocido, llamada Agripine, que decía la buenaventura en voz muy baja, como un rezo, mientras su oyente sostenía una cinta de terciopelo negro atado al pecho de Agripine, con un escarabajo hecho de perlas negras. Duró poco, y como el ansia de un heredero persistía, el obispo Teofan, para cortar murmuraciones de la corte y las apariciones de aventureros embrujados, propuso que la emperatriz fuese a los baños de San Serafín, en Sarov. Antes, fué llevada a jalcio una «iluminada», Daria Osipova, que predijo la pronta llegada del zarevitch. Los zares se pusieron en camino hacia el monasterio de Sarov, y después de grandes fiestas, para celebrar la reciente canonización del santo, los zares fueron a visitar a otra «iluminada», llamada Prascovia, que habitaba un monasterio cercano a Sarov.

—Tendréis el hijo—dijo a los zares, bendiciéndoles.

ANTE LAS REFORMAS DE LA CAPITANIA GENERAL

El Convento de la Merced, de Barcelona

Dedicado al Sr. Capitán General de Cataluña, D. Emilió Barrera.

Están haciendo grandes reformas en el Convento de la Merced en Barcelona...



FRAY FAUSTINO D. GASULLA Académico correspondiente de la Real de la Historia y de número de la de Buenas Letras, de Barcelona.

Con el fin de ampliar la vivienda hacia el lado de la calle Ancha, se proyectó...

Ver el estado ruinoso de la casa, y que lo recibía el edificio...

Comenzaron por destruir el refectorio anexo a la casa, al abandonar el local de la calle Ancha...

Trascurrían después quince años, durante los cuales las obras debieron adelantarse...

Transcurrieron después quince años, durante los cuales las obras debieron adelantarse...

Trascurrieron después quince años, durante los cuales las obras debieron adelantarse...

Trascurrieron después quince años, durante los cuales las obras debieron adelantarse...

Trascurrieron después quince años, durante los cuales las obras debieron adelantarse...

Trascurrieron después quince años, durante los cuales las obras debieron adelantarse...

Trascurrieron después quince años, durante los cuales las obras debieron adelantarse...

Trascurrieron después quince años, durante los cuales las obras debieron adelantarse...

Trascurrieron después quince años, durante los cuales las obras debieron adelantarse...

Trascurrieron después quince años, durante los cuales las obras debieron adelantarse...

Trascurrieron después quince años, durante los cuales las obras debieron adelantarse...

Trascurrieron después quince años, durante los cuales las obras debieron adelantarse...

Trascurrieron después quince años, durante los cuales las obras debieron adelantarse...

Trascurrieron después quince años, durante los cuales las obras debieron adelantarse...

Trascurrieron después quince años, durante los cuales las obras debieron adelantarse...

Trascurrieron después quince años, durante los cuales las obras debieron adelantarse...

Trascurrieron después quince años, durante los cuales las obras debieron adelantarse...